

El expreso de las 10:20

Gonzalo Rodas Sarmiento

(tercera parte)

17 En el principio

Mi primer y único recuerdo empieza a dibujarse difusamente en la retina de mi alma. Con los pies revolviendo la arena y el rostro acariciado por el viento. Añoraba algo, pero no sabía qué. Mis cuerdas vibraban libremente, produciéndome gozo. En mis manos traía un cuaderno en el que estaban indicadas las tareas de cada página. Lo guardé en la mochila, después de hojearlo. Era mi punto de partida. Una oportunidad para crecer. Me sentía como una simple botella de agua de alguna vertiente con que saciaré alguna sed, si llego a tiempo.

Al principio, sólo veía la tierra y el cielo. Pero, de tanto ser observada, la monotonía dejó de dominar el paisaje. Fue así como empecé a distinguir cerros de distintas tonalidades, empezando por los rojos y los negros, después los amarillos, y hasta los verdes y los azules. Un oasis que divisé vino hacia mí. Contenía muchas casitas de piedra, que aunque parecían no tener nada, daban la sensación de vida. Se me mostraron acogedoras.

No recuerdo bien cómo ni cuándo elegí una de las casas y entré en ella, decididamente. La construyó alguien que ya la conocía y cuya misión amaba. Algún día este cálido hogar podrá moverse y conocer otras formas de vida. Sabe que no puede estar aquí eternamente. Me eligió y es feliz de estar cuidándome, mientras se me forma un cuerpo de carne y hueso y adquiero aptitud para salir al mundo a involucrarme.

Fueron meses lindos, con lluvias y soles. Pero, quise ser libre. “¿Con qué me quedo de tí?”, fue lo que me preguntó la casita, y no supe responderle. La salida no fue cosa fácil. Llegué contuso, por la poca destreza al saltar unas grietas, hasta una especie de galpón con un duro piso de cemento. A pesar de mi capacidad de disfrutar, empecé a sentir miedo, pues había aterrizado en una realidad difícil. Desde esa vez no me agradan los pisos de cemento. Así y todo, estaba dispuesto a recorrer un camino tan desconocido como lleno de enseñanza, hasta volver a casa con el cuaderno lleno.

* * *

Me encontraba en una estación múltiple. Origen y destino de muchos viajes. Me dolía todo. Vi diferentes tipos de vehículos, preparados para salir. Desde carretas hasta aviones, incluyendo también automóviles, trenes, buses, camiones, y otros no tan convencionales. Cada modalidad estaba concentrada en un determinado sector del inmenso terminal, cuyo recorrido completo tomaba muchas horas, a pesar de la buena distribución y mejor señalización. Después de subir y bajar varias escalas mecánicas, y recorrer interminables pasillos, me cansé de caminar entre el gentío, buscando por dónde ir.

Era frecuente que se llamara acogedoramente a algunas personas, a través de parlantes, distribuidos por la estación, y se diera instrucciones específicas a los que estaban muy rezagados, pues corrían el riesgo de perder su medio de locomoción. Puse oído esperando ser

llamado, hasta que finalmente me aburrí de esa posición y la dejé como última alternativa. Decidí investigar para descubrir cómo encajaba yo en los planes de viaje.

Cuando llegué al extremo costero, entraban y salían grandes cantidades de pasajeros en barcos de todos los tamaños y submarinos de todos los colores, así como también lanchas, botes y balsas. Estuve largo rato entretenidísimo mirando el flujo de embarcaciones y disfrutando la brisa marina. Un ruido monótono pero atrayente me hizo mirar hacia arriba. Un avión se alejaba velozmente hasta meterse en un puntito. Entonces se me ocurrió que en avión llegaría más pronto, aunque no tenía muy claro hacia dónde iba yo.

Lentamente, empecé a dirigir mis pasos hacia el extremo opuesto de la gran estación, y después de mucho caminar llegué al terminal aéreo. Con cierta regularidad despegaban aeronaves, requiriendo avanzar previamente un trecho de unos pocos metros, ayudándose de sus patas. Tomaban altura batiendo sus alas y se alejaban a gran velocidad. Asimismo, llegaban aviones de pasajeros, con suavidad de paloma, sacando sus patas amortiguadoras de aterrizaje y se posaban graciosamente en la losa, quedando inmóviles ahí mismo.

Empecé a buscar por dónde acceder a una de esas naves. Preguntando, llegué a una especie de oficina central de vuelos. Un gran mapa desplegado en la pared indicaba los vuelos con luces lineales de distintos colores según el punto de embarque. Así, me fue más fácil llegara uno de esos puntos, al que no pude ingresar por no contar con el boleto. Se me dijo que lo podría obtener haciendo uso de mi tarjeta, en el lugar especialmente dispuesto para ello. Quedé desconcertado, pues no entendí lo de la tarjeta. De todos modos, seguí las señales y me dirigí al sector principal de la estación, no lejos de ahí.

Revisando los bolsillos y la mochila descubrí que tenía una pequeña tarjeta transparente, similar a las que vi en manos de otras personas. Me acerqué al mesón en que estaba el dispositivo de obtención de pasajes, y cuando fue mi turno, introduje la tarjeta en la ranura, tal como hacían los otros. El computador procesó la información y me entregó un boleto supuestamente concordante con los datos leídos y tomando en cuenta las disponibilidades del momento. Mi pasaje decía muy poco:

Expreso de las 10:20.
Segunda Clase.

18 Miguel

Mientras caminaba al terminal ferroviario junto a otras personas, me entretenía con mis pensamientos. Un poco defraudado por haber sido asignado a un insignificante tren. Pero, me dejé impregnar del espíritu alegre de los demás. El gentío ya no nos era indiferente a quienes formábamos parte de él. La semejanza de nuestras expectativas nos hacía sentir cerca.

No sabía cuál era mi tren. Todos anunciaban un viaje placentero. ¿Qué pasaría si abordo uno equivocado? Al menos yo, no me sentía autorizado a fracasar. Por el momento, necesitaba información.

A cada lucecita que se apagaba en el tablero de itinerarios le pregunté si me estaba dejando definitivamente abajo.

El dichoso tablero me salvó, después de todo, cuando miré tan fijamente un recuadro que se refería al expreso de las 10:20, que se destacó para mí, en forma luminosa, el texto con la tan buscada información acerca del viaje, como si una luz interna me guiara.

Ya estábamos prácticamente en viaje. Era cuestión de pocos minutos más. Me dirigí rápidamente hacia el andén. Se escuchaba por los parlantes una invitación a disfrutar el viaje y

se recomendaba a los pasajeros no instalarse férreamente en el tren, ya que éste arribaría muy pronto al lugar de destino.

* * *

Traigo una buena disposición a colaborar en el rescate. No sé de dónde vino ese rumor, pero no me parece mal nuestra funcionalidad de transformarnos en puentes. Buscar a las personas que algún día también vinieron a buscar a otros. O sea, si no pierdo contacto con esta estación podré proporcionársela a todos aquellos que llegaron al mundo hace tantos años, que ya no la recuerdan. La relegaron al mundo invisible.

Supongo que en mi equipaje tengo un mensaje de alguien. Ojalá lo encuentre.

* * *

El que caminaba a mi lado me pareció conocido de siempre. En forma muy natural iniciamos algún diálogo y pudimos comprobar que nos tocó el mismo tren. Me alegró encontrar un amigo entre esa multitud.

-Me llama la atención no tener recuerdos de lo que he vivido antes -me planteó Ernesto, y me dejó pensativo, pues yo tampoco me explico cómo puede ser tan intenso el olvido. No tengo ninguna respuesta, ni la tuve entonces, pero aventuré algo que me pareció cuerdo:

-Quizás no sea bueno estar tan lleno de anécdotas. Conoces un mueble aunque no sepas cómo era el cepillo ni quién el carpintero.

* * *

Aún estaba libre la línea por la cual debía venir nuestro tren. Demasiado desocupada. Sin el más mínimo indicio del enorme vehículo esperado. Fijé mi vista en un punto, al final de la vía, intentando vanamente extraer de él alguna figura en movimiento. No sé a qué distancia estaba ese minúsculo punto en el que concentré mi esperanza.

Me gusta buscar la novedad y descubrirla escondida detrás de sí misma. Es asombroso. En el mismo punto en que termina lo visible, empieza lo invisible. Gritando para mostrarse. Igual como yo quiero dejarme ver, pues donde parezco no estar, también estoy.

Sólo cuando desistí de enviarle energía mental, la máquina se hizo presente casi por casualidad. Su bocina lo llenó todo, sin molestar, y se apagó con ese mismo desplante. El tren llamó con un sonido de campanas que me evocó un recogimiento desconocido. De mis recuerdos más antiguos, sólo quedaban las cajas de resonancia.

* * *

Se supone que yo sé mirar correctamente. Estoy seguro que vi el pantógrafo que comunica la energía eléctrica a la máquina aerodinámica. Sin embargo, después Ernesto me porfió mucho que yo estaría equivocado. Según él, se trataría de una antigua locomotora a vapor, que echaba humo en grandes cantidades.

Al principio me enojé, pues no entendí cómo él tenía una percepción tan errónea. Ernesto es un tipo extraño, pero no puede estar loco. Claro, él no más vio la caldera. Después comprendí que podíamos seguir siendo amigos y aprender cada uno un poco del otro. Decidimos consultar más opiniones.

Aerodinámica sí, pero sin toma-corriente. Debe ser turbo – dijo uno, mirándonos raro. Es diesel. La más típica. Esas medio cuadradas – dijo otro, haciendo gestos con sus manos.

Quedamos desorientados. Cada persona puso su ojo en distintas características y vio diferente el mismo tren. Entonces, no es el mismo. Cada uno tiene el suyo propio.

* * *

Conversé mucho en este viaje. Los trenes tienen algo que me inspira vida. Me paraba frecuentemente de mi asiento y entablaba diálogos con otros pasajeros. Una mujer que se incorporó a una de estas discusiones, no parecía estar muy optimista.

-Encuentro deprimentes esos espinos que se ven en los cerros -dijo la recién llegada, que representaba muchos años-. Me encantaría ver un paisaje costero, con playas y la inmensidad del mar, o si no, unos campos sembrados como esos que se veían hace algún rato.

Defendí los espinos porque sus formas caprichosas me llaman la atención y me divierten. Además, me pareció que cuando pasábamos por los campos sembrados, ella les encontró algo desagradable. Seguí disfrutando los cambios del paisaje; también cuando divisé el mar, y más aun al avanzar tan cerca del agua que pude seguir completo el ciclo del oleaje.

-¡Qué insoportable olor a cochayuyo y a pescado! -exclamó la mujer, acompañando la queja con un rostro arrugado-. Echo de menos los espinos que, con sus formas extrañas nos entretenían.

No soporté más y le dije que no era el paisaje el negativo, sino ella. No hallaba cómo tirarle encima el caudal de pensamientos que se me enredaban unos con otros.

Hube de reconocer que también yo he enfrentado situaciones de modo negativo, en algunas oportunidades. He vivido escenas que empiezan saludándome sonrientes desde el futuro, me ahogan cuando se acercan, y, mucho después las añoro cuando ya se han ido, no sin haberme golpeado al cruzarse por el presente.

Las palabras me salían a borbotones, desordenadas y no causaron efecto en ella, al menos ese día.

* * *

Cuando ordeno al tiempo caminar más rápido, camina más lento. Hay fuerzas que mueven el mecanismo del reloj y otras que le templan el carácter. Es como si el mar intentara apurar las olas, y éstas decidieran detenerse.

Así como el transcurso del tiempo tiene su inercia, yo tengo la mía propia. Es una verdadera forma de vida. Me desorienta y me lleva a un mundo que no es el mío. De repente, me veo sin conexión con el pasado. Es entonces cuando necesito recordar cómo llegué a hoy.

Mi tiempo no es implacable, ni frío, ni impersonal. Por eso me admira observar los relojes de Dalí, saliéndose del plano rígido que los había sometido. Me encienden muchas más luces para percibir la flexibilidad del tiempo, que los esforzados relojes de Einstein. Seguramente Dalí miraba mucho por la ventana y veía cosas que algunos dejamos pasar.

* * *

Un descubrimiento notable empezaba a entusiasmarme. El brusco movimiento de vaivén me sacó de mis cavilaciones. Volví a la revista de acertijos. La página que me ocupaba era un rompecabezas, en que las distintas piezas podían moverse hasta su lugar llevándolas con un dedo. En la esquina inferior había un círculo para volver a desordenar las piezas.

-¿Sabías que si el todo fuera igual a la suma de sus partes, los rompecabezas no tendrían solución? -le dije a Ernesto, con entusiasmo.

-No te entiendo, mi viejo.

-Al menos, no una sola -continué sin saber darle a entender. Intenté explicarle que puedo poner una pieza al lado de otra y saber que encaja ahí, gracias a que me fijo en la relación que hay entre ellas-. ¿Entiendes? Es la relación entre las partes la que me permite llegar al todo.

-Entonces, una persona más otra persona forman algo que es mucho más que dos personas.

Su respuesta me dejó pensando en la humanidad como un gran rompecabezas en que cada uno busca su lugar, según lo que lleva inscrito. Y según sean las formas de sus bordes.

* * *

Empieza a aclarar el día en tonos azules. Difusamente, entre las siluetas del paisaje, que se mueve cada vez más rápido, veo venir los postes, uno tras otro. La velocidad del tren aumenta sostenidamente.

Los postes ya no dejan ver casi nada entre ellos. Forman una verdadera muralla compacta. Opaca, al principio; transparente, después. Adquiere, súbitamente, un brillo extraordinariamente intenso que me encandila y se apaga tan rápido como vino, dando lugar nuevamente al muro, mientras la máquina sigue acelerando hasta tal punto que no soy capaz de despegar mi espalda del asiento, ni mover los pies, prácticamente pegados a la parte baja del asiento. Mis vísceras quieren salirse, pero están impedidas de hacerlo.

La rapidez llega a ser tal, que el muro se va transformando en una serie de postes que pasan velozmente, pero, esta vez lo hacen en la misma dirección que avanza el tren. Como si yo pudiera ver antes lo que es después.

Loco de angustia, despierto de repente. Cansado y aliviado. Me parece que el tren apenas se mueve. Me levanto al baño, tratando de no olvidar el sueño. Empieza a aclarar el día en tonos azules.

* * *

Puedo enlazar los extremos de cualquier etapa de mi vida que haya logrado recortar como una cinta. A estas alturas ya la tengo llena de nudos.

Innumerables instantes caben en cualquier mínimo trozo de la cinta. Como los infinitos puntos de un grano de azúcar. O de sal.

Mucho más me llama la atención el infinito grande. La cinta entera es tan larga como una eternidad. Debo suponer que el extremo final está más cerca que lejos, si un simple pensamiento me hace llegar a sus inmediaciones.

Persigo esa punta que parece tan inalcanzable como vivir muchísimos billones de años. Atravieso completamente la lejanía, y vuelvo a aparecer por la prehistoria, sin que la cinta haya tenido un final.

Todo aquello que alguna vez pareció plano, después resultó ser redondo como una naranja.

19 A descubrir destinos

El murmullo y los ruidos de la preparación daban un ambiente especial al andén. Un olor metálico característico completaba el entorno de comienzo de viaje. Subí al tren sin conocer su destino. Ni siquiera sabía cuándo iba a estar de vuelta, si es que alguna vez.

Me cambié de vagón por dentro. El cierre hermético de la puerta, además de asegurar un buen pasar, produjo un ruido fuerte. Elegí un asiento cerca del centro del carro. Todo me producía admiración. Tanto las ventanas, como la forma escalonada del techo, que permite el paso de luz. Hasta el humo de los cigarrillos se transformaba en una nube agradable, imperceptible.

Miré a las otras personas. Unos, asomados a la ventana. Otros, tratando de acomodarse, o conversando, o simplemente esperando.

Todavía no me sentaba y ya ansiaba partir. Me alejaré de un mundo que aún no he conocido del todo. Tal vez un día volveré.

* * *

Cuando me pareció que el andén se iba lentamente hacia atrás, comprendí que el tren se había puesto en marcha. Me senté. El movimiento parecía estar afuera, más allá de una invisible envoltura que me aislaba del entorno.

Al mirar unos afiches de publicidad en la estación, las sonrisas congeladas de los personajes parecían cobrar vida, hablándome sin voces. La vida que les corresponde tener cuando el movimiento se inicia. Uno a uno, fueron quedando atrás.

Mi posición era privilegiada para observar el devenir atenuado por la distancia. Los postes que pasaban parecían todos iguales, pero tenían pequeños detalles que los diferenciaban unos de otros. Disfruté al mirar un paisaje que cambiaba cada vez más rápido, mientras el sonido rítmico del tren contrastaba con el silencio de los movimientos lejanos. Tan callados como esas sensaciones que también cruzan bajo nivel. El viento mueve los árboles, pero a mí no me llega.

* * *

Dejamos atrás las edificaciones más notables. La del gobierno, la de los representantes, el palacio de la justicia. También otro edificio más grande, a punto de derrumbarse. Se destacaba más nítidamente que los otros, a pesar de no tener ninguna bandera en su mástil. Me llamó la atención su estructura.

-Es el Palacio de la Injusticia -me explicó el Viejo Rubén, al notar mi curiosidad. Y agregó-. Es uno de los edificios más antiguos que hay. Hace algunos años tuve la oportunidad de conocerlo por dentro. Trabajan con luz artificial, proporcionada por unas lámparas con pantallas de papel.

Como me interesé en saber qué hay detrás de esas persianas que permanecen cerradas a plena luz del día, Rubén me habló de las principales dependencias del palacio. Me fue describiendo los salones negros y grises. El Salón de la Prescripción, el Salón de la Amnistía, y el Salón Olvidado, donde se guardan los expedientes. Me dijo que también hay una salita pequeña, de construcción ligera, al fondo del patio. Le llaman Sala de Delación Compensada.

-Es bien desgraciado el palacio -reconoció-. ¿Y qué es esa torrecilla que destaca en la parte alta?

-Desde ahí vigilan la libertad -me contestó riendo a carcajadas. No supe si se mofaba de mí o de las instituciones.

-¿Alguien siente gusto por administrar ese edificio? -le pregunté, pero no supo responderme.

* * *

La conversación con el vecino me duró un buen rato. Pero, se terminó. Mirar al exterior fue algo que también se acabó relativamente pronto.

Me dediqué a observar a las personas, reconociéndome en ellas. Algunos viajaban añorando la estación de salida. Muchos, preocupados por llegar pronto, o pensando en lo que harán cuando lleguen. Otros, disfrutando la vida, estarían felices viajando eternamente, sin llegar jamás a alguna parte.

-¿Se sirven café? -ofreció Aurelia, una hermosa joven no muy alta, de pelo negro y tez bronceada. Hábilmente, equilibraba la bandeja tratando de compensar el vaivén.

Acepté complacido y aproveché de hacerle miles de preguntas. Quería saberlo todo acerca del tren.

-¿Para dónde vamos?

-Eso no lo sabe ni el maquinista. Se limita a continuar por la interminable línea. El que la dibujó sabía lo que hacía.

* * *

Me sumergí en mis pensamientos. No es que estuviera aburrido. Jamás pierdo el tiempo en aburrirme. Relajado, sin urgencias ni apuros, acostumbro a dar cabida a lo que quiere decirse en mí.

Me pregunté cómo sería estar en esa estación que pasamos hace un rato, velozmente, como si no existiera. Sé que estaría sentado en un banco viendo pasar el tiempo y los trenes. En cambio, ahora veía pasar el tiempo y las estaciones.

Me rondaban toda clase de sueños, no todos cuerdos. Las utopías más locas, nacidas en lo mejor de mí. Persistentes, como enormes fuerzas atrapadas, luchando por hacerme actuar.

Quisiera atreverme a creer en esos sueños que aún me mantienen vivo. Son los destinos de mi vida. Donde tengo que llegar, o por lo menos acercarme. No es la estación que pasamos recién, ni tampoco la próxima en que el tren no se detendrá.

Mis destinos están escritos en lenguaje propio. Vestidos con disfraces de colores para llamar mi atención. Sus contenidos increíbles me dicen mucho. No vienen a concretarse. Se conformarán si logran moverme.

20 Aurelia

No sé qué haría sin la música. A través de su tenue envoltura me habla al mismo tiempo de felicidad y de tristeza. Distintas emociones ocupan un mismo espacio sin desalojarse una a otra.

Si las melodías dejaran de llegar, me las arreglaría para mover el aire en ondas vitalizantes.

Quizás la música está en mí. Yo la estoy cantando dentro de mi oído. Constantemente. Cuando miro el paisaje. Cuando converso. Cuando sirvo el café. Cuando guardo las tazas y me maravillo de la funcionalidad del mueble. Un armatoste metálico, cuadrado, horrible, pero con tan buena distribución que difícilmente podría llenarse.

Por eso se asemeja a una sinfonía, pues en cada uno de sus cuatro costados se abre un cajón grande que ocupa completamente el espacio interior del mueble. Nunca he entendido cómo se superponen. Y si abro el mueble por arriba encuentro un lavaplatos. Es genial. Como la música.

* * *

Volví a mi asiento, dos filas más adelante que esos recién llegados que me hacían tantas preguntas cuando les llevé el café. Ernesto me siguió con la vista y se levantó con naturalidad.

-¿Por qué sirves, si eres pasajera? -preguntó directamente.

-Porque llevo más tiempo acá y ya he aprendido a servir. He hecho muchos viajes. Al principio, yo tampoco entendía nada.

-¿Quién dispone cuál es tu lugar?

-Yo misma lo descubrí -contesté, y me sorprendí moviendo ojos y manos al ritmo alegre de la melodía que me llegaba desde el parlante.

Ernesto se asombró y me dijo que él estaba escuchando acordes relativamente pesados. Hube de explicarle que en este tren todos escuchan algo distinto. No puse toda mi convicción. No le mencioné los pequeños duendes de mi música que me transportan a mundos remotos en un carruaje dorado. Ni cómo el amor empieza a tomar forma, hasta llegar a ser algo palpable,

que me conversa como un príncipe de cualquier color, y me hace comprender hasta las vivencias que no he tenido.

-Tú escuchas tu canción y yo la mía -enfaticé, y como ya me estaba constituyendo en guía, continué amablemente-. Si quieres disfrutar la música tienes que meterte dentro de ella y dejar que te lleve.

Esta vez, creo que traspasé su orgullo, a juzgar por lo bien que pareció sentirse. Le conté que también el maquinista y el conductor son pasajeros que descubrieron lo que tenían para dar.

-Acá no hay tripulantes -le dije.

-Ojalá el maquinista conduzca bien -me respondió Ernesto, aprehensivamente. En ese momento, me limité a sonreír.

* * *

Las ondulaciones empiezan a recorrerme el cuerpo, y se me pone la piel de gallina. La canción que estoy escuchando despierta en mí contenidos esenciales que no sé nombrar, y que nunca he logrado reconocer ante los demás, pues son aspectos desprestigiados, que provienen de mi vida original.

Cuando entré al mundo de los adultos tuve que renegar de todo eso que fue visto como niñerías insípidas. Las sobras que pudieren quedar de ingenuidad, pureza y dulzura han sido puestas de patitas en la calle como si fueran las más indeseables deformaciones. Remanentes de la infancia. Parecen flores con que los mayores adornan a las niñas chicas para que no les causen problemas difíciles de manejar.

No estoy ahí ni allá. Secretamente, me niego a aceptar esa manera tan simple como la sociedad nos parcela la vida. Yo estoy escondida en la mitad del recorrido de un péndulo. Entre los dos extremos distantes. No quiero ser esclava de los reglamentos, ni tampoco ser esclava de la rebelión.

Vivo en la libertad de la cuerda floja. Donde no es grato quedarse. Tan sola. Mirando mis raíces blancas.

Y si supiera que alguien va a leer esto, no me habría atrevido a escribirlo.

21 Para llegar a saber

Me puse a revisar la mochila. Estaba llena de cosas que no supe ni para qué servían. Espero poder descifrarlo durante el trayecto.

En el único cuaderno que encontré, leí algo relativo al futuro. Decía que el tren se detendrá y no será capaz de seguir, ni nadie sabrá cómo lograrlo. También decía que yo tendré la fuerza para hacerlo continuar viaje, con sólo sentarme en el asiento del maquinista, accionar una palanca, y presionar una determinada combinación de botones. Bueno, supongo que ahí estaré, llegado el momento. Supongo.

Ya estaba vislumbrando una supuesta situación en la cual aprenderé lo que este instante trata de enseñarme. Es como si yo mismo me hubiera enviado este mensaje desde el futuro.

Así lo estimé entonces. Pero, con el pasar de los días preferí pensar que todo era una tontera. Porque estas cosas ya no pasan hoy día. Los trenes no paran así no más. Su energía nunca se agota. Concluí que todo era una fantasía ridícula que sólo me llevaba a perder el tiempo.

* * *

Los diarios parecían nuevos, pero tenían fechas de muchos años atrás. Saqué varios del canasto y los estuve leyendo. Algunos eran anteriores a Gutenberg. Parece que en este tren todo es posible.

En una primera plana, una noticia destacada: “Pericles gran vencedor”.

Una vez más me vi sobrepasado por el entorno. No es que el medio ambiente quiera aplastarme, ni yo a él. Simplemente, no nos entendemos. Vivo limitado por una realidad objetiva que no me deja ver más allá.

* * *

El hombre de los diarios venía también ofreciendo revistas. Colgaban de cintas metálicas, puestas en una estructura enarbolada como estandarte. Distintos motivos y colores, y la magia de la repetición de muchos ejemplares iguales, sobreponiéndose casi completamente cada uno a su antecesor. Esa franja repetida tantas veces es la que siempre me llama.

También puede lograrse el mismo efecto con un solo ejemplar. Me atrajo la portada en que aparecía un niño con su gorro rojo, que parecía sacado del cuento de Blancanieves. Estaba sentado en el extremo inferior derecho abriendo otra revista igual, excesivamente grande para él, como si pudiera haber sido fotografiado leyéndola antes que ésta existiera. Un dibujo trascendiendo el tiempo me parece más poderoso que cualquier fotografía. Y más libre.

Miré detenidamente la revista dibujada en la tapa, y vi un enanito leyendo otra de las mismas. Y miré dentro de ella. Y así varias veces. Siempre representaba el mismo niño leyendo. Era algo de nunca terminar. Mis ojos alcanzaron a distinguir diez enanos, cada cual más chico, pero sé que son muchos más, aunque no los pude ver.

* * *

Después de disfrutar sus colores me dispuse a leer la revista. Su nombre era “Salmo”. Su número, el 18, estaba indicado en la portada, que mostraba a un jinete sometiendo a un animal raro con una larga lanza.

La hojeé. Me estaba conformando con mirar los dibujos que conducían la secuencia de las largas luchas contra toda clase de monstruos. Así, fui viendo tinieblas, manos salvadoras, montañas que se desmoronan, rocas en qué pararse, y un mar de angustias dispersándose por los cerros dejando ver la solidez profunda. Al sospechar que esto tenía que ver conmigo, pues cada figura me removía algo, leí la frase que acompañaba a uno de los dibujos. “El fondo del mar quedó a la vista y aparecieron los cimientos del mundo”. La lectura me daba esperanza.

En un cuadro más grande se veía al protagonista asustado y solo, escondido entre fuertes murallas que lo aislaban del peligro exterior. Me sentí tan completamente identificado, que tuve que detenerme a orar.

Por miedo a perder lo que me confiaste, construí los muros, cuando era muy niño aún. Me guardé para después. Ya es después. Ahora, puedo tratar de salir a vencer. Según confío, mi fuego llegará a estar preparado. Las herramientas que no me diste, no me las diste porque no las necesito. Así lo has dispuesto, en tu inmensa sabiduría. La luz ya está encendida. Sólo me falta alumbrar. Cuando reconozco que has puesto todo en mí, ya no lo puedo seguir ignorando. Algún día aprenderé a ser libre. Me has colmado de dignidad, aunque la sociedad luche por convencerme de lo contrario.

Una frase que leí me llenó de fuerza. “Contigo corro a la lucha, con ayuda de mi Dios salto la muralla”. Seguí leyendo las frasecitas mágicas, a pesar de los bruscos movimientos del tren, que me desordenaban las letras. La más impactante me obligó a detenerme, una vez más. “Los derribo y no pueden levantarse, quedan en tierra bajo mis pies”. Confieso que me chocó un poco, hasta que vi el dibujo. Aparecía el mismo protagonista, al lado de afuera de su

fortaleza, victorioso. En el suelo yacían destrozados unos afiches muy grandes, pero sin consistencia alguna. Tenían forma de guerreros, caras muy feas y letreros con sus nombres. Fue todo lo que quedó del Ridículo, del Fracaso, de la Desaprobación y de muchos otros miedos, completamente derrotados.

Entonces entendí o creí entender todo el asunto. La revista intentaba instruirme acerca de los enemigos que tengo dentro, y de las defensas, que también están en mí. La sólidas y las que se destruyen al primer viento. Las que me protegen de enemigos débiles y aquellas sobre las cuales puedo ver mejor, como si estuviera en un campanario, escuchando resonar hasta la brisa, y mirando a lo lejos un panorama menos desalentador.

Todo transcurre aquí adentro. Es que contengo verdaderos invasores. ¿Por qué hay enemigos dentro de mí? Porque está todo. ¿Cuándo nacieron? ¿Cómo fueron creciendo y organizándose? La fuerza que toman de mí, ¿a quién se la quitan? No pueden ser más fuertes que yo mismo. ¿No habré estado suministrando armas al ejército enemigo? Me quedé reflexionando que lo único bueno de las guerras es que nos ayudan a entender lo que pasa dentro de uno.

22 La profesora

Esta sala veloz ya era mi lugar, desde antes que yo llegara. Es como una extensión que me complementa, y en la cual puedo abrirme a lo nuevo e inesperado. Por cierto, no desempeño ningún rol ajeno, ni en calidad de esclava, ni tampoco metida en alguna presunta obra de teatro cosechando aplausos o transformaciones ficticias.

Hasta donde puedo, trato de no encajonar a los alumnos en ruinosos esquemas antiguos que los harían olvidar lo esencial. Si algo valioso realmente aprenderán, será un lenguaje que les permita expresar el mensaje divino que traen para sus mayores.

* * *

Al principio, creí poder controlar las situaciones del futuro. Trataba de transportar pesados fardos de conocimiento para hacerlos entrar con calzador en los cerebros infantiles, como si fueran envases vacíos. Después, me convencí de lo contrario. La sabiduría no viaja, ni entra en las personas, ni se contagia. Simplemente, está en cada uno.

Si logro interesar al estudiante a que abra puertas dentro de sí, su propia luz llegará a todos los rincones.

Cada vez que uno de ellos expone lo aprendido, no sólo sé que aprendió, sino que además percibo un nuevo matiz que no había advertido antes, o relaciono aspectos que tenía distantes, y ya estoy mejor preparada para mi próxima clase. Y si el estudiante llega a constituirse en mi propio profesor, podré decir “misión cumplida”.

* * *

Con las materias a enseñar pasa lo mismo que pasó con Juvenancio. La primera vez que vino, dije a los alumnos.

-Les presento a un niño nuevo. Se llama Juvenancio Hermenulcibiades Del Brillantísimo San Pancraccio.

Nadie quiso jugar con él. Juvenancio se aburría, y los demás se lo perdieron.

Al año después, Juvenancio lo intentó nuevamente. Entonces, me limité a decir:

-Pueden jugar con un niño nuevo que ha llegado.

Esta vez funcionó. Lo incorporaron a los juegos. Como una hora después, escuché un diálogo:

-¿Cómo te llamas?

-Juve.

* * *

Los alumnos pueden aprender sin profesores. Pero ningún profesor puede enseñar si no tiene alumnos.

* * *

Surgen sus preguntas. No todas son fáciles, aunque lo parezcan al mirarlas. Son como llaves, como formas únicas y pequeños dienteitos que no encajan en cualquier cerradura. No abren cualquier chapa. No dejan salir cualquier respuesta. Todas estas formas quedaron recortadas al comienzo del viaje y desde entonces, cada respuesta espera a su pregunta.

* * *

-¿Qué es una flor? -pregunté a Ernesto, y me devolvió la primera idea que encontró:

-Una flor es cada una de las extensiones de una planta, que le permite reproducirse.

No quedé conforme con algo tan externo. Tuve una época en que lo habría estado, pues aún no tomaba conciencia del rápido deterioro que sufre la documentación intelectual al ser arrasada por el caudal de lo ignorado. Cuando lo seguro se transforma en sospecha. Y lo probable empieza a desvanecerse como espirales de humo. ¿Cómo decirle que buscara más adentro una respuesta que encajara más exactamente?

-Ernesto, ¿qué es una flor? -le repetí, y no me defraudó. Se dejó ir hacia un sector un poco más cálido, iluminado apenas por tímidos rayos de sabiduría, que se cuelan a través de los nubarrones.

-La flor es la alegría de los jardines, que nos envuelve con su aroma.

Asentí en forma lenta, y le repetí la pregunta por tercera vez, para que buscara más adentro aún. Estuvo en silencio un rato. Ya no pensaba. Guiado por su excursión anterior llegó a otro lugar más despejado.

-Es un elogio a la vida -fue su respuesta, propia y universal al mismo tiempo. Yo no se la había dictado. Creo que nunca la olvidaré.

* * *

-La historia tiene la costumbre de repetirse una y otra vez -les dije- y es así como la vida humana recorre un camino cíclico. Cuando el homo sapiens se autodestruya, surgirá de las cenizas el homo affectus. Al salir de su arca-de-noé saludará a la naturaleza con un alarido, y volverá a pasar por las épocas cavernarias.

Durante la pausa, los alumnos hacían bromas acerca de cómo podría llamarse la civilización que venga después del homo affectus.

-Será el homo fidelis -sentenció Ernesto.

23 Por lugares remotos

Contengo todas las semillas. Tan pequeñas, que no se ven a simple vista. Cada vez que aprendo algo, me parece estar recordándolo, aunque no tengo ninguna idea desde cuándo el conocimiento duerme en mí.

Esto lo viví de cerca en una enseñanza a la que me invitaron por preguntar demasiado. Se refiere al hombre primitivo. Es el relato de Atón, quién pudo ver fugazmente un futuro distante, como si sus semillas de conocimientos dormidos estuvieran soñando.

Por no disponer de un lenguaje apropiado a su visión, el tipo tuvo que sufrir toda clase de vejámenes, hasta que fue condenado a muerte. Dejó un escrito que fue descifrado siglos

después. Es uno de los manuscritos más antiguos que se conoce. Fue encontrado hace muchos años, cuando demolieron un antiguo edificio que había sido usado como lugar de reclusión.

* * *

Me he aficionado mucho a la lectura durante este viaje. En esta oportunidad, me puse a leer el número 6 de una revista llamada Lucas, que saqué en cuanto vi pasar el canasto. La empecé a hojear de atrás para adelante, sintiéndome atraído por algunas frases.

Me vino una súbita inquietud por saber qué hay dentro de las palabras. Son como un simple envoltorio. Habitualmente, atiendo la realidad como si estuviera sumergida en la neblina. No logro ver mucho más allá del papel escrito, lo que es apenas un poco más lejos que la nariz.

Pero, ahora estaba perceptivo. Descubrí que mi vista es poderosa y puede llegar a sectores diminutos, que no parecen ser visibles. Mis ojos lograron entrar en las letras como un lente que me permitiera mirar cada punto en forma ampliada. Es casi como ver los átomos y los seres que los habitan. Miré la página de la revista y pude detenerme en una frase. Dentro de ella, en una palabra. En una letra. Y más adentro, en algún puntito negro de su interior, un verdadero regalo sin abrir.

Ver lo eterno desde lo efímero. Es así como llego al contenido, más antiguo y más grandioso que la palabra escrita. Las palabras son apenas un intento de expresar una realidad que las sobrepasa.

Al principio vi pura oscuridad, pero seguí intentando sin desesperar, hasta que las imágenes empezaron a delinarse y cobrar vida. Llegué a un lugar que me había parecido distante y remoto. Estuve en él. Pude sentir la vivencia que leía. Me aventuré en el mundo relatado, en la medida que lo tenía previamente inscrito.

Sin saber cómo, me vi metido en pleno sermón de la montaña, sentado en el suelo, en una gradería natural, escuchando al Maestro que hablaba desde un sector bajo. En sus manos tenía un improvisado altavoz. Mi alma se llenó de luz y calor al recibir la original enseñanza que, según me dijeron, llevaba varias horas.

Encuentro fabuloso llegar a estar dentro de un contexto que rompe la formalidad del entorno presente. Es como destaparse los ojos, para ver en plenitud. Desamarrarse los pies para cruzar fronteras impuestas arbitrariamente.

* * *

Era un lindo día de sol.

Fue impresionante sentirme tan cerca de El Privilegiado, en un acto que no se va a dar de nuevo. Su palabra llenaba el cajón de cerros y mantenía a todos absortos. El lugar había sido especialmente escogido porque ayudaba a que la voz llegara con fuerza.

-El que me oye y hace lo que digo -dijo Jesús-, se parece a un hombre que, al construir su casa cavó bien hondo y piso los cimientos sobre la roca.

En la breve pausa que siguió, tuve tiempo suficiente para entrar en esa palabra que aún sonaba en mis oídos. Me sumergí en otro mundo remoto y desconocido, para visitar esa construcción. Aún tenía los andamios. Parado sobre los tablones, conversé con aquel sabio personaje sin nombre. Lo noté absolutamente convencido de lo que estaba haciendo. Se parecía a cualquiera pero era más libre. Como algún rey original y valiente que edificara un palacio sencillo.

-Toda esa tierra que tuve que sacar era una parte de mí -me explicó-. Y la casa, más que un lugar donde vivir, es mi vida misma.

Era un país extraño, con gente extraña, que levantaba casas extrañas, para protegerse de una naturaleza extraña.

24 Atón

Estas son las palabras de Atón, hijo de Dolomías, de una familia de pastores que vivía en la tierra de Melub en el año quinto del reinado de Abaús:

Tuve una extraña visión y la poca prudencia de decir lo que ví. Quedé atado a algo que no comprendo. No llegan a mí las palabras que lo explicaran. Esto ocurrió cuando fui desde el valle del río de los Deseos hasta el valle del río de los Dioses. Sus aguas se juntan antes de llegar al mar. Entonces se cumplen los deseos.

Caminé por el desierto muchas horas. Tenía sed. Ya había bebido toda el agua que pude llevar. El sol mojaba mi rostro como si el agua que bebí quisiera huir de mí. A lo lejos apareció una gran laguna. Sé muy bien que no había laguna. Todo es obra de los dioses que me presentan su agua para darme ánimo a seguir caminando. Me venían deseos de sumergirme. Entonces tuve la visión de un mundo desconocido.

Miré y vi que había una casa que me atraía la mirada. Estaba construída con troncos muy rectos y pulidos. Tanto que no me lo pude explicar. Sería maravilloso vivir ahí.

Sentí miedo. Estuve escondido detrás de un árbol sin atreverme a salir, hasta que comprendí que la gente no me veía.

Estaban vestidos con finas ropas de todos colores. No necesitaban acercarse a ningún río a buscar agua. Esta salía de un pequeño tubo de hierro enterrado en el suelo, muy cerca de la casa. Era del tamaño de un niño de pocos años. Las mujeres llegaban hasta allí y hacían girar un nudo de hierro que coronaba el tubo. Así obtenían agua con la que llenaban unos cántaros de boca ancha. Me fijé que también eran de hierro. En menos de cincuenta pasos, las mujeres llevaban los cántaros hasta sus casas, donde tenían el fuego. Sería fácil vivir en esa comodidad.

Me aventuré muy cerca de la casa, pues no me veían. Estaba observando a través de una ventana, y vi un objeto que tenía vida dentro. Era como una gran roca pulida y recta que despedía un fulgor de luz de muchos colores. No lograba sacar mi vista de la piedra viva. Contenía personas pequeñas que iban y venían, hablaban y comían. Una fuerza irresistible me mantuvo mirando.

Después de largo rato, levanté la vista. Vi a lo lejos otras casas, rodeadas de espléndidos jardines. Fui hacia ellas. Me acerqué mucho a una de las casas. Estaba construída con alguna piedra muy fina y pulida. Era más fastuosa que la casa que observé antes. La gente que las habitaba tenía vestimentas casi tan relucientes como en la piedra viva. Seguí mirando en la visión, acercándome todo lo que pude.

A través de muchas ventanas vi piedras vivas. Los niños estaban encantados frente a ellas. Y eran cuidados por sirvientas, provenientes de las casas de troncos rectos. Como eso me llamara la atención, pregunté a un ángel que hablaba conmigo. Me dijo "Así lo disponen para que los niños puedan aprender la sencillez, de la que están privados". Después de eso terminó mi visión. La laguna se alejó hasta perderse.

Caminé con nuevos bríos un largo trecho y no tardé en llegar a mi casa. Llamé a todos los de la tribu y les conté lo que vi, sin suprimir nada.

Debí haber consultado primero a los dioses.

La noticia se esparció y llegó a oídos del rey. Los sabios y adivinos no pudieron dar explicación de lo ocurrido. Ya no tuve más paz. Nadie quiso escucharme. Me llevaron a la cárcel cuando el rey dijo "Mereces morir porque no dices más que mentiras". Pero, yo estoy seguro de lo que vi. No sé explicar mi visión, que se cumplirá en tiempos remotos.

(fin de la tercera parte.

Continuará)